

LA DIMENSIÓN SOCIAL DE NUESTRA MISIÓN:
¿COMO RESPONDER?

JOSÉ M. CASTILLO

Delimitar el problema

Cuando hablamos de la cuestión social (sea desde el punto de vista que sea), nos referimos naturalmente a un problema de índole económica. Porque hablar de “lo social” es hablar de ricos y pobres, de clases sociales económicamente contrapuestas, de los problemas relacionados con la globalización y la exclusión, de las diferencias entre el Primer Mundo y el Tercer Mundo. En definitiva, los asuntos más graves relacionados con la economía.

Es evidente que *lo social* dice relación al *dinero*. Pero no sólo al dinero. Ni fundamentalmente al dinero. En la vida de los seres humanos hay algo previo a la economía. Algo que va más al fondo de las cosas. Porque toca en el centro mismo de la existencia de las personas. Y esto es lo que, sin duda, no han visto muchos de los grandes luchadores de los dos últimos siglos que dieron lo mejor de sí mismos y hasta entregaron sus propias vidas por conseguir una sociedad en la que las diferencias económicas no resultaran tan hirientes. Hoy sabemos que Marx se equivocó en muchas cosas. Pero hay una (entre otras) en la que acertó plenamente. Cuando Marx dice que el dinero es un fetiche, es decir, que el dinero tiene algo de mágico y de fascinante, algo a lo que se le rinde culto y veneración, con eso el autor de *El Capital* estaba apuntando a una dimensión de la realidad que trasciende lo económico. Ahora lo estamos viendo quizá como nunca. La concentración de dinero es cada vez mayor en menos personas. De manera que, en este momento, hay tres individuos que acumulan más capital que el PIB de los 45 países más pobres del mundo. Se trata literalmente de hombres que ya no saben, ni pueden saber, la cantidad de miles de millones de dólares que atesoran. ¿Qué ventajas *propriadamente económicas* les proporciona el hecho de tener tanto *dinero*? Llega un momento en que el dinero no da (ni puede

dar) más de sí en el orden estrictamente económico. Y sin embargo se siguen concentrando empresas, capitales, negocios fabulosos... Porque lo que importa ya no es el *dinero*. Lo que se busca apasionadamente es el *poder*: estar por encima de los demás, ser más que los otros, dominar al contrincante, situarse en el primer puesto. Es la aspiración suprema del ser humano. Y, por tanto, la cuestión determinante en la convivencia y, en consecuencia, en el “orden” social establecido.

La enseñanza del gran relato evangélico, en este orden de cosas, es clarividente. Sabemos que Jesús se solidarizó con personas y grupos que no eran precisamente pobres. Tal es el caso de los publicanos, incluso de “jefes de publicanos” (Lc 19, 2), de algunas mujeres que pertenecían a estratos sociales económicamente bien situados (Lc 8, 2-3; Jn 11, 3) o de algunos enfermos (Jn 4, 46-53). Por el contrario, sabemos igualmente que el mismo Jesús se enfrentó con personas y grupos que eran, en notable mayoría, gentes de pocos ingresos económicos, incluso pobres, como ocurría con muchos de los fariseos y con casi todos los escribas. Esto quiere decir obviamente que el motivo determinante de la solidaridad de Jesús con unos o del enfrentamiento con los otros no fue el factor económico. En otras palabras, es falso decir, sin más explicaciones, que Jesús se solidarizó con los pobres y se enfrentó con los ricos. Porque la verdad exacta es que con quien se enfrentó Jesús es con *todos los que (por el motivo que fuera) se situaron o pretendieron situarse por encima de los demás*. Esto explica el conflicto de Jesús con sumos sacerdotes y senadores (ancianos), con escribas y fariseos e incluso los repetidos enfrentamientos con sus propios discípulos siempre que estos pretendieron situarse por delante de sus compañeros (Mc 10, 35-45 par), cuando discutieron quién era el más importante (Mc 9, 33-37 par) o el primero en el Reino de Dios (Mt 18, 1-5 par) e incluso en los casos en que dieron muestras de no entender que el Mesías tenía que sufrir, fracasar y morir como un delincuente (Mt 16, 21-23). Sin duda alguna, Jesús se enfrentó con todos los que intentaron dominar a los demás desde cualquier forma de poder: poder económico (ricos: Lc 6, 24-25; 12, 13-21; 16, 19-31), poder sagrado (sacerdotes), poder político (senadores), poder doctrinal (escribas), poder normativo (fariseos) poder para ser los primeros en el Reino, es decir, en la causa de Jesús, como ocurrió a los discípulos.

Todo esto indica que, a juicio del relato evangélico, lo más peligroso y lo más agresivo para la condición humana es el poder, venga de donde venga y se justifique por el motivo que se pretenda justificar. Es más, se puede afirmar que las agresiones que genera el poder son tanto más peligro-

sas cuanto el motivo por el que se justifica ese poder es más noble. Nadie duda que el poder económico o el poder político son causa de incontables sufrimientos. De esto estamos cansados de hablar. Pero lo que pocas veces se dice es que el poder económico y el poder político son tanto más peligrosos cuanto más sólidamente “legitimados” y “justificados” se ven por el poder religioso. Cuando, por ejemplo, el presidente de EE.UU. jura su cargo con su mano abierta sobre la Biblia y ante un representante oficial de la religión, miles de millones de ciudadanos del mundo entero se hacen a la idea y hasta se convencen de que las cosas “tienen que ser así”. Porque, en definitiva, es Dios el que quiere que ese hombre tenga el poder que tiene, maneje la economía mundial como la maneja y “organice” la vida de los ricos y de los pobres como de hecho la gestiona.

En definitiva, cuando hablamos de la “realidad social”, hablamos por supuesto de economía. Pero, antes que de economía, estamos hablando del poder que da el dinero y del poder que gestiona el reparto de la riqueza mundial. Y, sobre todo, estamos hablando (aunque no nos demos cuenta de ello) del motivo último que otorga “legitimidad” y por tanto “estabilidad” y consistencia al poder, ya sea la legitimidad que se basa en la jura de un cargo público, la que otorgan las buenas relaciones entre el poder y la institución religiosa (sea la que sea) o simplemente la que procede del silencio de los representantes religiosos, cuando se callan en circunstancias en las que no hablar es más elocuente que muchos discursos. No olvidemos nunca que, en última instancia, a Jesús lo mató el poder. Por supuesto, fue el poder económico y el poder político. Pero, si llegamos hasta el fondo de aquella historia, todos sabemos muy bien que el poder que mató a Jesús fue el poder religioso. Porque se vio seriamente amenazado por el comportamiento y por la enseñanza de Jesús (cf. Jn 11, 47-54).

La dimensión social de nuestra misión no se limita a luchar por un orden económico más justo. Eso, por supuesto, es enteramente necesario. Pero el error de muchas personas de indiscutible buena voluntad, que luchan por la causa de la justicia, está en no comprender que la apetencia de poder es más profunda y más determinante que la apetencia de dinero. Y que, por tanto, la raíz del problema no está en lo meramente económico, sino en el poder que se obtiene mediante la economía y, sobre todo, en el poder que legitima y da consistencia a los poderes que *de facto* son la causa de la desgracia de tantos seres humanos. Teniendo en cuenta que si es importante tener esto claro siempre que se aborda la cuestión social, lo es mucho más cuando cuando afrontamos el problema *desde la teología*.

La cuestión teológica

Para hablar con propiedad de la “cuestión social” o de la “realidad social”, desde el punto de vista teológico, lo más importante es comprender que la *mediación esencial* entre los seres humanos y Dios es la vida: la defensa de la vida, la dignidad de la vida e incluso el gozo y la alegría de vivir. En efecto, el centro del mensaje de Jesús, según los evangelios sinópticos, es el proyecto del Reino de Dios (Mc 1, 15). Pero sabemos que Jesús anunció el Reino y lo hizo presente curando enfermos (Mt 4, 23-25 par; 10, 7; Lc 10, 9), expulsando demonios (Lc 11, 20) y proclamando la felicidad para los pobres y cuantos tienen la vida disminuida o amenazada (Mt 5, 3-10; Lc 6, 20-23). Es decir, Jesús hizo presente el Reino de Dios *dando vida y dignificando la vida de los seres humanos*. Esto es lo primero y lo más elemental que nos dicen los textos evangélicos cuando se refieren al Reino tal como lo presentó Jesús. Pero, precisamente porque Jesús entendió el Reino de esta manera, y lo puso en práctica de acuerdo con este proyecto, por eso fue incomprendido y perseguido por los “hombres de la religión” hasta el extremo de verse abocado a la muerte violenta y afrentosa del que es considerado como un subversivo y un peligro público.

Esto quiere decir tres cosas:

1. La mediación esencial entre los seres humanos y Dios no es la religión, sino la vida. Al decir esto, no se trata lógicamente de excluir la religión. Se trata de comprender que la religión es una manifestación de la vida y se integra en la vida. Pero cuando la religión no defiende la vida ni dignifica la vida, sino que, por el contrario, se dedica a agredir la dignidad y los derechos de las personas (por más que eso se haga en nombre de Dios), esa forma de entender y de practicar la religión se desentiende del Dios de Jesús y se pone al servicio de otros intereses.

2. Los “hombres de la religión”, cuando afirmamos que queremos sinceramente luchar por la justicia en el mundo, nos vemos (y seguramente nos veremos siempre) condicionados por una inevitable ambigüedad. Porque, por una parte, nos presentamos como seguidores de Jesús y de su proyecto en favor de la vida. Pero, al mismo tiempo, mucha gente nos ve como representantes de la institución religiosa, es decir, como representantes de la institución que, con frecuencia, ha actuado con la convicción de que su misión es, ante todo, defender y potenciar la religión. Ahora bien, a partir de ese planteamiento, la institución religiosa, sea cual sea la religión

concreta que represente, *ha legitimado* (y sigue legitimando) a poderes que han agredido (y siguen agrediendo) la vida de millones de seres humanos; *se ha callado* (y se sigue callando) ante agresiones a la vida que muchos ciudadanos no pueden comprender; no raras veces, *colabora* (y sigue colaborando) con intereses económicos y políticos que actúan en nuestra sociedad en contra del respeto y de la dignidad de la vida, por más que eso se haga, con frecuencia, bajo formas y procedimientos, no sólo disimulados y ocultos, sino que producen la impresión contraria en cuanto que muchas personas tienen el convencimiento de que eso es lo que hay que hacer para defender la causa de Dios en el mundo.

3. Si efectivamente lo más peligroso y lo más agresivo para la condición humana es el poder, la ambigüedad de la institución religiosa, cuando pretende luchar en defensa de la vida, se radicaliza hasta el extremo. Porque, por una parte, representamos a aquel Jesús que se enfrentó con todos los que (de cualquier manera y bajo cualquier pretexto) quisieron situarse por encima de los demás. Pero, al mismo tiempo, somos los hombres que nos presentamos ante el mundo, y ante las instituciones de este mundo, como hombres investidos de poder divino y, en ese sentido, del poder supremo. El poder, por tanto, que delimita y hasta define lo verdadero y lo falso, lo bueno y lo malo, o sea el poder que llega donde nadie más puede llegar y toca donde nadie puede tocar, en la intimidad de la conciencia, allí donde cada ser humano se ve a sí mismo en la verdad o en el error, en el camino de salvación o en el camino de perdición, como una persona respetable o, por el contrario, como el ser más indigno del mundo. Estamos, por tanto, en la ambigüedad de quienes representan el Evangelio de la vida desde la instancia (el poder) que tantas y tan violentas agresiones ha cometido contra la vida.

¿Cómo responder a la situación planteada?

Tal como está estructurada y tal como funciona de hecho la convivencia de los seres humanos, no basta con decir que uno defiende la vida y sus derechos, la justicia y sus exigencias. Lo determinante en este asunto está en tener muy claro *cómo, con qué medios y, sobre todo, desde dónde* se va a realizar ese proyecto. A lo largo del siglo XX ha habido movimientos sociales que, en nombre del pueblo y por el bien del pueblo, han oprimido y hasta han asesinado a millones de seres humanos. Como es igualmente cierto que en todo este siglo ha habido gentes y grupos que no se han

cansado de repetir que su intención era defender a los pobres, pero la pura verdad es que poco o nada han hecho en favor de los más necesitados. ¿Qué ha fallado en estos y en tantos otros casos? No ha faltado la buena voluntad. No ha sido (en muchos casos, al menos) cuestión de mayor o menor generosidad. El problema ha estado, y sigue estando, en el “cómo”, en “los medios” y sobre todo en el “desde dónde” se ha luchado por la justicia en el mundo y por la liberación de los oprimidos. Todos los violentos opresores del pueblo, que ha conocido el siglo XX, no se han cansado de insistir en que ellos sólo querían y buscaban el bien del pueblo

La cuestión está en comprender que el respeto a la vida y a la dignidad de la vida de los seres humanos *sólo es posible desde abajo, desde la marginalidad del sistema establecido en este mundo, porque sólo desde ahí es realmente posible la verdadera solidaridad con los “nadies”, con los “no selectos”, con los “excluidos”, con todos los que tienen la vida disminuida, atropellada, insegura e indigna.*

Esto, ni más ni menos, es lo que nos vienen a enseñar los evangelios sinópticos cuando nos presentan lo que fue la vida y el destino de Jesús. En efecto, lo primero que cualquiera encuentra, en el conjunto del relato evangélico, es que Jesús nació en un establo, es decir, apareció en este mundo entre bestias y basura. Como encuentra igualmente que Jesús murió colgado en una cruz, es decir, se fue de este mundo como un malhechor y un subversivo, asesinado entre delincuentes, como el más peligroso de ellos. El comienzo y el fin, el alfa y la omega, de la existencia de Jesús, el profeta del Reino de Dios, son la demostración más elocuente de que la defensa de la vida y de la dignidad de la vida exige situarse, desde el principio al fin, en la marginalidad del sistema establecido. Si los primeros cristianos nos transmitieron una imagen de Jesús que está asociada a semejante origen y a semejante destino final, nada de eso pudo ser pensado y presentado de esa manera por casualidad. Y menos aún cabe decir que todo eso tiene para nosotros una significación simplemente ascética o espiritualista. Si le quitamos a la vida de Jesús el sentido social que entraña, para cuantos creemos en él, le estamos arrancando a la Palabra de Dios su significación más fuerte para nosotros y para la humanidad entera.

Pero hay algo más importante. Jesús *nació y murió* en extrema miseria. La pregunta ahora es: *¿cómo vivió*, es decir, con quién se relacionó y cómo se relacionó en la sociedad de su tiempo? En principio, hay que decir que Jesús no excluyó a nadie de la convivencia con él: se relacionó con seguidores y adversarios, con gente culta y con personas ignorantes, con ricos y

pobres, con poderosos y débiles, con judíos y samaritanos, con creyentes y gentiles. Pero no se relacionó con todos de la misma manera. Ni pretendió, a toda costa, estar con todos en buena relación. La lectura de los evangelios nos indica enseguida que Jesús tuvo conflictos con mucha gente. No sólo con los dirigentes de la religión. Ni sólo con los ricos y poderosos de aquella sociedad. Jesús tuvo serios roces y dificultades con sus propios discípulos y apóstoles, hasta el punto de que aquellos hombres terminaron decepcionados, abandonándole e incluso negando que le conocían. En los evangelios sinópticos, sólo hay un gran colectivo de personas con las que Jesús nunca tuvo el menor problema. Se trata de la gente que acogió enseguida su mensaje, porque sin duda lo comprendió inmediatamente, se entusiasmó con el proyecto del Reino y se mantuvo fiel a Jesús hasta el final. Los evangelios hablan de esta gente utilizando el término *óchlos*, la “multitud”, el “pueblo”, sencillo que acogió el anuncio del Reino de Dios con un entusiasmo desbordante (Mc 3, 9; Mt 4, 25; Lc 6, 17. 19). Ahora bien, *óchlos* se entiende, en el griego clásico, no sólo como “pueblo” o muchedumbre de gente, en contraposición a la persona singular, sino de manera más específica se refiere a la multitud del “vulgo”, en cuanto distinta del aristócrata y de la clase dirigente política o cultural. En este sentido, esta palabra sirve para definir a la “gente anónima”, la “plebe”, frente a las clases superiores y a las diversas autoridades. Sabemos que estas gentes eran, en la Palestina del tiempo de Jesús, personas de ínfima condición, desde el punto de vista económico y social. Y, por lo que respecta a la religión, el evangelio de Juan nos informa de que el *óchlos* era la gente que desconocía la Ley y que eran considerados como unos malditos (Jn 7, 49).

Pues bien, según los evangelios fueron estas gentes las que entendieron a Jesús, las que lo “siguieron” con la mayor constancia y fidelidad, de manera que el verbo *akolouthēin* (el término técnico para hablar del “seguimiento de Jesús”) se aplica más veces al *óchlos* que a los discípulos. Sin duda alguna, Jesús nació y murió en extrema debilidad. Y vivió en total solidaridad con los débiles de este mundo. Por eso se comprende que Jesús exigió, como *conditio sine qua non* para entrar en el Reino, “hacerse como niños” (Mt 18, 3 par), es decir, renunciar a toda pretensión de estar los primeros o situarse por encima de los demás, aunque eso se haga para establecer el Reino desde la autoridad, el poder y el buen nombre.

La conclusión aquí es clara. Jesús no respondió a la “cuestión social” desde arriba sino desde abajo, desde la debilidad y la entera solidaridad con lo débil de este mundo. El autor de la carta a los hebreos supo formular, con

claridad y fuerza, la teología subyacente a este comportamiento de Jesús: “no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado” (Heb 4, 15). Jesús pasó por donde pasamos todos los débiles de la tierra. Y por eso, precisamente por eso, se capacitó para la “compasión” (*syn-pathein*), para sentir lo que sentimos nosotros, y así aliviar el sufrimiento humano. Porque, como afirma el mismo autor de Hebreos, “por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos... pues por haber pasado él la prueba del dolor, puede auxiliar a los que ahora la están pasando” (Heb 2, 17-18). Así son los caminos del Dios de Jesús. Y sólo así vio Jesús que podía responder al problema de fondo que nos plantea eso que nosotros llamamos la cuestión social. Es decir, sólo pasando por donde pasan los que peor lo pasan en la vida, nos capacitamos para dar vida, defender la vida, potenciar la vida y dignificar la vida de los seres humanos.

La consecuencia que se sigue, por lo pronto, de lo que acabo de decir es que tendríamos que repensar *desde qué criterio determinante* organizamos nuestra “acción social”. Digo esto porque, a veces, uno tiene inevitablemente la impresión de que, por una parte, decimos que luchamos por la justicia, que denunciemos el capitalismo neo-liberal, que estamos de parte de los oprimidos, pero resulta que, al mismo tiempo, hacemos todo eso desde vinculaciones muy profundas con personas, instituciones y poderes que son causantes de la injusticia y de la opresión. Como también ocurre que denunciemos los abusos del capitalismo y compaginamos tales denuncias con el mantenimiento de instituciones educativas de todo tipo en las que formamos a los más eficaces gestores de empresas capitalistas que se dedican a hacer exactamente lo contrario de lo que predicamos con el mayor entusiasmo del mundo.

Los “peligros” de la espiritualidad

Vistas así las cosas, es claro que la “cuestión social” es, en definitiva, una cuestión de “espiritualidad”. No quiero decir con esto que sólo con espiritualidad vamos a resolver los problemas de los pobres, los problemas de la exclusión social, las graves cuestiones que se nos plantean a partir de lo que ahora llamamos la globalización, etc, etc. Lo único que quiero dejar claro es que, sin una profunda espiritualidad, los “hombres de Iglesia” no vamos a ser fieles al proyecto de Jesús *precisamente en lo que concierne a la “dimensión social” de nuestra misión.*

Ahora bien, la espiritualidad cristiana (por más extraño que parezca) está erizada de “peligros”. ¿A qué me refiero? Yo tengo la impresión de que, hasta ahora, no se ha reflexionado suficientemente en el profundo trastorno que sufrió la espiritualidad de los cristianos cuando la centralidad del *Reino de Dios* fue sustituida por la centralidad de la *virtud*. No es este ni el lugar ni el momento de analizar cómo y por qué ocurrió este desplazamiento del centro del mensaje de Jesús (el Reino de Dios) al centro del ideal de la cultura helenista (la virtud). Me limito a hacer caer en la cuenta de que, mientras el proyecto del Reino, tal como lo presentó Jesús, consiste en la defensa y la dignificación de la vida de los seres humanos, el proyecto de la virtud consiste en el dominio de las propias pasiones, las cuatro grandes pasiones (“deseo”, “placer”, “miedo” y “tristeza”) que, desde Platón, y según la formulación de los estoicos, terminaron por configurar la espiritualidad de los cristianos. Y lo importante aquí es comprender que, de acuerdo con lo que acabo de indicar, mientras el proyecto de Jesús consiste esencialmente en luchar por la vida de las personas, los derechos de las personas y su dignidad, el proyecto de la virtud consiste en alcanzar la perfección del propio sujeto. Así se produjo el gran desplazamiento del ideal cristiano: de la acción *como praxis historia por la defensa y dignidad de la vida* a la acción *como ascesis del sujeto por su propia perfección y santificación*. El centro se desplazó de la *objetividad de la vida* de las personas, en la sociedad y en la historia, con sus problemas y sus conflictos, a la *subjetividad del individuo* con el inevitable peligro de quedar cada cual bloqueado en sí mismo, en sus propios problemas y en sus propias ideas, con lo que (sin que muchos se den cuenta de ello) se viene a fomentar posiblemente el más refinado y el más disimulado egoísmo.

Por lo demás, nunca deberíamos olvidar que el ideal de la *areté* (virtud) del helenismo, no sólo es completamente ajeno a la tradición bíblica, sino que además resulta, en cierto sentido, opuesto al centro mismo del Evangelio de Jesús. Porque, si lo que caracterizó a Jesús fue la solidaridad con los *débiles* (pobres, pecadores, marginados sociales...), lo característico de la virtud es que se trata de la cualidad propia de los *aristoi*, los “selectos”, los notables y poderosos de la sociedad. Y aunque es cierto que la virtud cristiana no es una copia, sin más, de la *areté* griega o de la *virtus* latina, no se puede negar que la fuerte presencia del helenismo en el cristianismo hizo que la existencia de los cristianos quedara marcada por una inevitable ambigüedad: por una parte hablamos con entusiasmo de Cristo y de Cristo crucificado, pero al mismo tiempo estamos pensando (seguramente si

advertirlo) en que somos los que estamos en el camino de la verdad y del bien y, por tanto, los escogidos, quizá los intachables y, en buena medida, los selectos.

Por otra parte, al decir estas cosas, no se trata de un problema de ortodoxia o de heterodoxia. Los cristianos no se desviaron de la fidelidad doctrinal al Evangelio. Lo que ocurrió es que quienes abrazaron la fe *en la cultura helenista y desde aquella cultura*, inevitablemente interpretaron que su fidelidad al Evangelio (el ideal cristiano) se traducía en el fiel cumplimiento de la virtud (el ideal helenista). Lo que sucedió no fue un desplazamiento “doctrinal”, sino un proceso “hermenéutico”. Fue, sin duda, algo inevitable, de manera que lo extraño es que no hubiera ocurrido así. Se consiguió la socialización del cristianismo en la cultura del Imperio. Pero eso se consiguió a un precio muy alto. Un precio que todavía estamos pagando. Porque, entre otras cosas y como es bien sabido, el criterio que hoy mismo se tiene en cuenta, a la hora de canonizar a un santo, no es si luchó o no luchó por la causa del Reino, sino si alcanzó o no alcanzó las virtudes en grado heroico.

La consecuencia de cuanto acabo de apuntar es bien conocida. A lo largo de los dos últimos siglos y, sobre todo, en los últimos cuarenta años, los cristianos nos hemos dividido en dos grupos o mejor en dos tendencias claramente diferenciadas: por una parte, los “espirituales”, de otro lado, los “sociales”. Quiero decir lo siguiente: la historia nos enseña que, en todos los tiempos y sobre todo en los dos últimos siglos, ha habido grandes luchadores en defensa de la dignidad de la vida y de la justicia que (a simple vista) no han necesitado de espiritualidad alguna para llevar adelante su lucha, al menos tal como nosotros solemos entender la espiritualidad. Como es igualmente cierto que ha habido y sigue habiendo personas profundamente “espirituales” que no se han interesado por los problemas relacionados con la justicia en el mundo. Es más, para nadie es un secreto que hay “sociales” que no quieren saber nada de los “espirituales”. Lo mismo que hay “espirituales” que se ponen nerviosos cuando oyen a los “sociales” hablar de sus luchas y conflictos. Y aquí me parece importante dejar claro que *en teoría* todos estamos convencidos de que tenemos que ser hombres espirituales y, al mismo tiempo, hombres que luchan por la justicia. Pero el hecho es que *en la práctica* diaria de la vida son demasiados los casos en los que la unión, como “exigencia absoluta”, entre fe y justicia se queda en mera teoría. Y así resulta que la vida de unos sigue anclada en la espiritualidad de siempre, en sus prácticas de siempre y en sus apostolados de siempre, mientras que otros dan la impresión de que reducen el Evangelio, la fe y el apostolado al

cambio revolucionario de la estructuras de este mundo para que haya más justicia y los pobres vivan mejor.

Esta problemática, que ha causado tantos problemas entre los cristianos en los últimos tiempos, es *la consecuencia inevitable de una espiritualidad mal planteada*. Porque se trata de una espiritualidad que aspira, por supuesto, a implantar el Reino de Dios en el mundo. Pero aspira a eso mediante la práctica de la virtud y de la ascesis de la virtud que aprendimos desde nuestra juventud. Lo cual quiere decir que, en definitiva, se trata de una espiritualidad cuyo centro está, no ya en el Reino de Dios, sino en aquello que consideramos indispensable para implantar el Reino, que es la ascesis de la virtud. Dicho de manera provocativa, invocando a todas horas el Evangelio, nos hemos desplazado del centro del Evangelio al centro del Helenismo. Y vivimos empeñados en armonizar ambas cosas, derrochando generosidad y, con frecuencia, heroísmo. Es verdad que hay quienes consiguen la armonía y la integración entre la lucha por la justicia y la coherencia personal (podríamos hablar aquí de “vida virtuosa”). Pero también es cierto que somos muchos los que no logramos la armonía y la integración. De donde se sigue la fragmentación y, a veces, la confrontación entre “espirituales” y “sociales”, con los intereses ocultos que, en un caso y en otro, alimentan semejante estado de cosas.

Los intereses inconfesables de “espirituales” y “sociales”

Hablo de intereses “inconfesables” en un doble sentido. *Primero*, en cuanto que, a veces, vivimos de manera o hacemos cosas que no estamos dispuestos a decir *a otros*. *Segundo*, en cuanto que, con demasiada frecuencia, tampoco estamos en condiciones de decirnos *a nosotros mismos* ciertas cosas que se quedan, seguramente para siempre en el inconsciente de la persona. En un caso como en otro, cosas, situaciones, experiencias (seguramente muy hondas) que no estamos dispuestos a *reconocer* y menos aún a *confesar*. Se trata, por tanto, de “intereses inconfesables” en un sentido muy verdadero.

1. *Intereses inconfesables de los “espirituales”*. Hablar de una persona “espiritual” (o su equivalente, una persona “virtuosa”) es lo mismo que hablar de alguien que, por su condición misma, tiene que aparecer, ante sí y ante los demás, como observante y por eso como intachable, persona respetable, merecedora de crédito y, por supuesto, ejemplar. Ahora bien, desde el momento en que alguien se sitúa así ante sí mismo y ante los

demás, se siguen inevitablemente determinadas consecuencias: 1) Es un hecho que, para este tipo de personas, la religiosidad y, más en concreto, la espiritualidad *tranquiliza la conciencia*. Esto en sí es bueno. Pero tiene obviamente el peligro de actuar como catarsis que ciega al sujeto ante realidades que tendría que ver y no ve. 2) Una persona que tiene que aparecer como ejemplar y respetable se ve amenazada por el constante interés de presentarse como una *persona de orden*. Lo que se suele traducir en formas de comportamiento que aceptan y callan ante el “orden constituido” o ante el sistema. 3) Lo dicho lleva consigo también el interés por eludir *todo lo que resulte conflictivo* y más aún cuanto pueda representar enfrentamiento. De ahí que la misión profética y cuanto eso conlleva se ve necesariamente truncado o, al menos, mutilado. 4) Por otra parte, en este tipo de personas, se advierte un interés (más o menos disimulado) por *evitar cualquier tipo de sospecha*. Lo que paraliza toda iniciativa que pueda resultar “sospechosa”. Normalmente, los “espirituales” son “gente de confianza”. 5) Además, una persona así, mantiene y fomenta el oculto interés por ser y aparecer como *inofensiva para las instituciones*. Lo que se traduce en la mejor relación posible con quienes gobiernan, con tal que se trate de una forma de gobierno que protege los intereses del sujeto. 6) El precio de todo esto puede ser, no raras veces, *la hipocresía, el disimulo e incluso la “doble vida”*. De ahí, la dificultad para reconocer los propios fallos y las propias incoherencias, concretamente en cuanto se refiere a “lo social”, si es que se tiene una especial e inconfesable “alergia” a eso. 7) Finalmente, está la tentación de *sentirse superior a los demás*, en la medida en que lo divino supera a lo humano, lo espiritual a lo material, lo trascendente a lo inmanente, etc. Dicho esto, sólo quiero insistir en que normalmente la persona “espiritual” no suele ser consciente de los intereses ocultos que actúan en su forma de vivir y que, en buena medida, determinan no pocas de sus decisiones y comportamientos.

2. *Intereses inconfesables de los “sociales”*. Si entendemos que entran en este grupo todos aquellos que asumen como proyecto fundamental de su vida, no la propia perfección espiritual, sino la transformación de la realidad que nos rodea, sabemos que eso conlleva el cambio, no sólo en el ámbito de la justicia, sino también en cuanto se refiere a la cultura y a la religión. Ahora bien, todos sabemos que para incidir eficazmente en este tipo de cambios no basta ni la sola espiritualidad ni el solo Evangelio. Además de eso, tenemos que contar con *mediaciones* sociales y culturales. Y también tenemos que actuar a través de *instituciones* que hagan operativas nuestras

buenas intenciones. Pero, desde el momento en que entramos en las reglas de juego de tales mediaciones e instituciones, cualquier ser humano, por más buena voluntad que tenga, se verá acosado por “intereses” de los que muchas veces no es consciente. Me refiero concretamente: 1) A los intereses que genera cualquier *ideología*, tanto las ideologías de tipo social, como las de carácter cultural o incluso religioso. Tener una ideología no es malo. Todos tenemos nuestras propias ideologías. La ideología se convierte en un “interés inconfesable” cuando disfrazamos de “evangelio” lo que no es sino producto de otros intereses que, a veces, poco o nada tienen que ver con el Evangelio o con la Fe cristiana. 2) A los intereses que no son sino vehículo de nuestras *naturales apetencias de poder y de protagonismo*. Precisamente el siglo XX ha sido testigo de los horrores del totalitarismo y de la barbarie en nombre de proyectos y utopías de altísimo contenido social y cultural. Sabemos que, *en nombre del pueblo*, los movimientos de inspiración socialista han causado millones de muertos. Como sabemos igualmente que, *en nombre de la libertad*, los movimientos de matriz capitalista han sido y siguen siendo causa de incontables víctimas. Cuando los intereses del poder se funden y se confunden con nuestros proyectos “sociales”, podemos incurrir en contradicciones estrictamente “inconfesables”. Quizá en este caso, más que en ningún otro, se ve y se palpa la apremiante necesidad de una “espiritualidad”, incluso de una “mística”, que nos libere de los intereses bastardos que pueden (y suelen) arruinar los proyectos más nobles. 3) A los intereses que, por más que se disfracen de altruismo, en realidad no pasan de ser eso: “intereses”, es decir, decisiones o formas de comportamiento que no superan el nivel de la “ayuda” y, por tanto, no tocan ni afectan para nada a lo que más necesitamos todos los seres humanos, que es el sentirnos realmente respetados, dignificados y, sobre todo, amados. Un día alguien me hizo la pregunta más simple y más profunda que me han hecho en toda mi vida: “¿Usted me quiere *ayudar* o Usted me *quiere*? No supe qué contestar. Porque en la vida hay mucha gente dispuesta a ayudar, pero hay pocos que sean capaces de querer. Porque la relación de ayuda es asimétrica: el que ayuda se sitúa necesariamente sobre el que es ayudado. Es, por tanto, una relación que, en el fondo, humilla, por más que sepamos que la ayuda es muchas veces absolutamente indispensable y urgente. Además, la relación de ayuda es un tipo de relación que uno controla (“yo ayudo hasta donde quiero”), mientras que la relación de cariño nos puede llevar a donde no sospechamos. A Jesús, de hecho, le llevó a la muerte. Y a la muerte sólo se va cuando uno se ha despojado de todo interés.

Conclusión

Si es que pretendemos trabajar con coherencia en esta tarea, tenemos hacer un discernimiento. El engaño que podemos padecer, cuando hablamos de discernimiento, está en reducir eso a las opciones o actitudes interiores de cada uno. Por supuesto, las opciones más personales y más íntimas son objeto indiscutible de discernimiento. Pero lo decisivo aquí es tener muy claro qué es lo que tenemos que discernir: ¿se trata de nuestras relaciones con el dinero y con los que acumulan el dinero? ¿se trata de nuestras relaciones con el poder y con los que legitiman a los poderes de este mundo? Y sobre todo, ¿desde dónde luchamos por la justicia? ¿desde qué instituciones? ¿desde qué medios? ¿desde qué vinculaciones personales e institucionales? ¿desde qué obras y desde qué apostolados? Más aún, ¿desde qué actitudes profundas en cuanto se refiere a creernos superiores a los demás o, por el contrario, los más pequeños y hasta los últimos de este mundo? En definitiva, ¿afrontamos la cuestión social poniendo como meta la “ayuda” o el “cariño” libre y liberador a quienes más solos y desamparados se sienten en la vida?